

JUAN 14,15-31

TEXTO

«¹⁵Si **me** amáis, **guardaréis mis mandamientos** ¹⁶y **yo** pediré **al Padre**, y os dará **otro Paráclito** para que esté con **vosotros** para siempre: ¹⁷**el Espíritu de verdad**, al que **el mundo** no puede recibir porque **no lo ve** ni lo conoce; **vosotros** lo conocéis, pues permanece con **vosotros** y estará en **vosotros**.

¹⁸No os dejaré huérfanos; vengo a **vosotros**. ¹⁹Dentro de poco **el mundo** ya **no me verá**, pero **vosotros me veréis**, porque **yo vivo** y **vosotros** viviréis.

²⁰En aquel día **vosotros** conoceréis que **yo** [estoy] en **mi Padre** y **vosotros** en **mi** y **yo** en **vosotros**.

²¹El que **tiene mis mandamientos** y **los guarda** ése es **el que me ama** pero **el que me ama** será amado por **mi Padre** y **yo** le amaré y **me** revelaré a él.

²²Le dice **Judas** (no el Iscariote): “**Señor**, ¿cómo te vas a manifestar a **nosotros** y no **al mundo**?”.

²³Respondió **Jesús** y le dijo: “Si alguno **me ama** **guardará mi palabra** y **mi Padre** le amaré y vendremos a él y haremos morada permanente en él. ²⁴El que **no me ama** **no guarda mis palabras** y la palabra que oís no es **mía**, sino **del Padre que me envió**.”

²⁵Os he hablado estas cosas estando con **vosotros**. ²⁶Pero **el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre** enviará en **mi** nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto **yo** os he dicho.

²⁷**La paz** os dejo; **mi paz** os doy; no os la doy **yo** como la da **el mundo**.

Que no se turbe vuestro corazón, ni temáis.

²⁸Habéis oído que **yo** os dije: ‘Me voy y vengo a **vosotros**’. Si **me amarais**, os alegraríais, porque voy **al Padre**; pues **el Padre** es más grande que **yo**. ²⁹Y ahora os lo he dicho antes de suceder, para que cuando suceda **creáis**.

³⁰Ya no hablaré mucho más con **vosotros**, porque viene **el gobernante del mundo** y no tiene nada sobre mí; ³¹pero, para que **el mundo** conozca que amo **al Padre**, como me ha mandado **el Padre** así hago. **Levantaos**, vámonos de aquí”».

COMENTARIO

- **Introducción a los vv. 15-24:** Esta sección se mantiene unida mediante cuatro afirmaciones sobre los frutos de amar o no amar a Jesús (vv. 15.21.23.24). A los discípulos, que afrontan la partida de su maestro, se les desafía y anima con la promesa del Paráclito, la presencia permanente de Jesús incluso en su ausencia, y los resultados o frutos del amor a Jesús y la práctica de sus mandamientos. El discurso se desarrolla en las tres siguientes sub-secciones: 1. El Paráclito y el mundo (vv. 15-17). Jesús pedirá al Padre que otorgue «otro Paráclito» para que permanezca con los discípulos y los aparte del mundo que no puede recibir el Espíritu. 2. La revelación de la unión de Jesús y el Padre (vv. 18-21). Jesús promete venir y permanecer eternamente con los discípulos que le aman y guardan sus mandamientos. Estos discípulos conocerán y compartirán la unión con el Padre y el Hijo, y experimentarán las consecuencias vivificantes de ser amados tanto por el Padre como por Jesús. 3. Amar a Jesús y guardar su palabra (vv. 22-24). Una pregunta hecha por Judas permite a Jesús explicar ulteriormente los

frutos o consecuencias que tiene el hecho de amarle o no amarle. El que ama recibe la palabra y experimentará la presencia permanente de Jesús y el Padre. El que no le ama no escucha la palabra y, por tanto, no tiene acceso a la revelación de Dios.

El tema de la partida de Jesús sigue ocupando el lugar central de esta sección de 14,1-31. Su partida no producirá una situación de «orfandad», sino una nueva era dotada con el Paráclito, marcada por el amor, la práctica de los mandamientos de Jesús y la promesa de un tiempo futuro en el que el Padre y el Hijo permanecerán para siempre con el discípulo.

.- El Paráclito y el mundo (vv. 15-17): El tema del amor da unidad a los vv. 15-24. El discípulo que ama a Jesús muestra esta unión de amor manteniéndose firme en sus mandamientos (v. 15). Al dirigirse a su muerte, Jesús exhorta a sus discípulos a amar como él ha amado (13,15.34-35; 14,15a) manteniéndose firmes en sus mandamientos (v. 15b). Jesús pedirá al Padre que dote a esta situación de amor y fidelidad con «otro Paráclito» (16b) que esté con ellos para siempre. El hecho de que Jesús escuche las peticiones de los discípulos y realice lo que pidan (vv. 13-14), indica que él desarrolla la función de un Paráclito (cf. 1Jn 2,1), pero habrá «otro Paráclito». Aun con todas las semejanzas que puedan existir entre las funciones de Jesús el Paráclito (vv. 13-14) y el «otro Paráclito» (v. 16), este último no llega a hacerse carne (1,14), y no será levantado mediante la muerte para revelar a Dios en un acto total de amor por sus discípulos (cf. 12,32-33; 13,1). El «otro Paráclito» permanecerá con los discípulos para siempre (v. 16). Al Paráclito se le describe posteriormente como «el Espíritu de verdad» (v. 17a), «el Espíritu que comunica verdad», la presencia constante de la revelación de Dios en el mundo. Sin embargo, hay un mundo que es incapaz de reconocer al Paráclito enviado por el Padre a los discípulos como consecuencia de la petición de Jesús. El Paráclito pertenece al ámbito de Jesús, pero hay otro mundo que ha respondido a Jesús rechazando lo que ha dicho sobre sí mismo así como la revelación que ha realizado del Padre. Nunca ha aceptado sus orígenes en el Padre (cf. 1,35-51; 3,1-21.31-36; 4,10-15; 5,19-30.36-38.43-44; 6,41-51; 7,25-31.40-44; 8,12-20.21-29; 9,24-34; 10,31-39) y está comprometido con la mentira de todo cuanto puede controlar. Su vida se acerca al final y Jesús prepara a sus discípulos para su partida y retorno al Padre, y este mundo es incapaz de recibir, ver o conocer al Espíritu de verdad (v. 17b).

.- Pero los discípulos forman parte del mundo de Jesús. Son «suyos» (cf. 13,1), y el Espíritu de verdad ya mora con ellos (v. 17c), y habrá otro Paráclito que estará entre ellos (v. 17c). Prosigue la interacción entre Jesús como Paráclito (vv. 13-14) y el don de otro Paráclito (v. 16). Jesús es el don de la verdad (cf. 1,17), el camino que es la verdad (cf. 14,6), que mora con ellos, pero su partida hacia el Padre no pondrá fin a esta presencia reveladora. Seguirá estando entre ellos. El Paráclito es la presencia constante de la verdad en cuanto «el Espíritu que comunica verdad». El Paráclito es introducido en el relato como la presencia permanente de la revelación de Dios para quienes aman a Jesús y observan sus mandamientos (cf. v. 15). Durante la celebración de los Tabernáculos, el narrador dijo al lector que cuando Jesús fuera glorificado se daría el Espíritu (7,39).

.- La revelación de la unión de Jesús y el Padre (vv. 18-21): Jesús está a punto de partir, pero sus hijos (cf. 1,12; 11,52; 13,33) no se quedarán huérfanos (v. 18a). Esta situación es la que seguiría a la muerte de un padre, y la partida de Jesús está relacionada con su muerte; sin embargo, ésta conduce a su venida (v. 18b). La partida y el retorno se funden entre sí. La partida física de Jesús no constituirá el final de su presencia reveladora. Este tema domina los vv. 18-21. La partida pone fin a toda «visión» física de la revelación que Jesús hace de la verdad al mundo. Jesús ya había advertido a «los judíos»: «La luz está con vosotros por poco tiempo. Caminad mientras tenéis la luz para que no os sorprenda la tiniebla» (12,35). Este «poco tiempo» (14,9a) está llegando a su fin para el mundo que ha rechazado a Jesús, cuando él

parta definitivamente, pero a los discípulos, los que creen en él, le aman y guardan sus mandamientos (cf. vv. 1.11.12.15), se les promete que verán al Jesús que se va y una vida que brotará del hecho de que él vive más allá de la partida de su experiencia física de la muerte (v. 19b). Jesús morirá y partirá, pero el Paráclito es un don que sigue a este suceso (7,39; 14,16). Aunque Jesús esté partiendo (v. 18a), está viniendo a sus discípulos (v. 18b), y éstos le verán (v. 19b). La muerte y la partida de Jesús llevarán su vida junto al Padre (v. 19c) y darán vida a los discípulos (v. 19c). Puesto que aún vive, una consecuencia de su partida del mundo es su presencia vivificante entre sus discípulos (v. 19b: «porque yo vivo, también vosotros viviréis»). La partida de Jesús y el don de otro Paráclito, el Espíritu de verdad, exigen una distinción entre Jesús y el Espíritu-Paráclito, pero lo que el Espíritu hace por los discípulos prolonga y perfecciona lo que Jesús hace por ellos. Nada de esto es posible si Jesús no retorna al Padre para vivir y para que, de este modo, los discípulos puedan también vivir.

- La ausencia física de Jesús es superada por la presencia interminable del Espíritu-Paráclito. No se trata de que los discípulos vean tras la resurrección al Jesús que ya había partido, sino de la experiencia del Jesús exaltado. Hemos de tomar muy en serio la afirmación de que Jesús deja a sus discípulos, pues refleja la experiencia de los primeros lectores de la comunidad joánica (y de todos los lectores posteriores), para quienes el Jesús carnal ya no está presente. Pero la experiencia del Jesús viviente prosigue en y a través de la presencia permanente del Espíritu-Paráclito. En la comunidad cultural y, especialmente, en el bautismo y la eucaristía (cf. 3,3-5; 6,51-58), los que creen, aman y guardan los mandamientos de Jesús, experimentan la presencia del ausente. La «llegada» del Jesús exaltado -y, por tanto, ausente- en el culto de la comunidad es una experiencia anticipadora de una «llegada» última que se hace posible en el tiempo intermedio por la presencia del Paráclito.

- Jesús promete un conocimiento que será otorgado al creyente en el día de su partida «en aquel día», el tiempo de su venida y su don de una vida nueva (v. 20). Este conocimiento, fruto de la presencia del Paráclito, es la revelación de la unión que existe entre el Padre y el Hijo, así como de la unión entre Jesús y el creyente. La unidad entre el Padre y el Hijo ha estado en el centro de gran parte de la enseñanza de Jesús, como fundamento de su autoridad (cf. 5,19-30; 10,30.38), pero el dato de la introducción del creyente en la unión con Jesús es nuevo. La partida de Jesús desencadena entre los discípulos algo que hasta ahora desconocíamos porque nada se nos había dicho sobre ello. En el v. 21, Jesús se dirige a la gran audiencia que integra a todos los lectores del evangelio: «Los que tienen mis mandamientos». A todos los destinatarios del v. 20 se les dice que la unión con Dios hay que entenderla en términos de amor. La respuesta a la revelación de Dios en Jesús mediante la observancia de sus mandamientos es, al mismo tiempo, un compromiso de amor con Jesús (v. 21a). Este amor será correspondido por el amor del Padre y de Jesús hacia ellos y por su revelación constante a ellos (v. 21b), incluso tras su partida.

El mundo que no se abre a la revelación de Dios en y a través de Jesús, no puede entender el significado de su partida mediante la muerte. Sin embargo, como consecuencia del don del Espíritu-Paráclito (vv. 15-16), esta partida conduce a una experiencia única de vida. Esta vida surge de la participación en la unidad que existe entre el Padre y el Hijo (vv. 18-20), de la intimidad de sentirse amado por el Padre y Jesús, y de la revelación permanente de Dios en y mediante Jesús (v. 21), al experimentar los discípulos la presencia del ausente en la celebración litúrgica.

- **Amar a Jesús y guardar su palabra (vv. 22-24)**: El tema del amor a Jesús y de mantenerse firmes en sus mandamientos apareció en el v. 15. La pregunta de Judas, que pide una clarificación sobre el privilegio de una revelación a los discípulos que no será dada al «mundo» (v. 22), lleva a que esta sección del discurso concluya con los mismos temas (vv. 23-24). Desde

las primeras páginas del evangelio se ha ido clarificando que la autorrevelación de Jesús, la visión de la gloria de Dios, es accesible para aquellos que están abiertos a su palabra. Esta necesidad de tener fe ha seguido siendo fundamental en el discurso de despedida de Jesús (cf. 14,1.11.12), pero los discípulos tienen también que amar a Jesús (14,15.21.23-24). El Jesús que partirá, se manifestará a los discípulos que creen en sus palabras y le aman. Tal revelación es inaccesible para un mundo que se opone a creer y a amar.

En el v. 23a se da prioridad al amor a Jesús. El discípulo que ama a Jesús guardará su palabra. Jesús promete mucho más: «Y vendremos a él y estableceremos nuestra morada con él» (v. 23b). ¿Cuándo se producirá esta «llegada»? A diferencia de los vv. 18-21, que prometieron la experiencia de la presencia del Jesús ausente tras su partida, en el v. 23 todos los verbos están en futuro. El Padre y el Hijo vendrán y establecerán una presencia permanente con el creyente. En la mesa con sus discípulos, Jesús inició un discurso hablando de un tiempo intermedio entre su partida y su llegada futura (vv. 2-3). Este período será llenado por la presencia del Paráclito (vv. 16-17) y la presencia vivificante del Señor exaltado en la comunidad que le da culto (vv. 18-21). El amor del Padre asegura la presencia del Padre y del Jesús ausente durante este tiempo intermedio (v. 23a). Pero la reanudación de la imagen de la morada, que apareció en los vv. 2-3 y los dos verbos en futuro, prometen una presencia definitiva y permanente del Padre y el Hijo. Ellos establecerán su morada con aquel que ama a Jesús y se mantiene firme a su palabra (v. 23). El Jesús que ha partido viene a los discípulos, que no son abandonados como «huérfanos». Aquellos que aman y creen, experimentan la presencia del ausente (vv. 18-21) y pueden esperar una llegada final en la que Jesús y el Padre habitarán definitivamente con ellos (v. 23).

Estas promesas tienen también un lado negativo. La persona que no ama a Jesús y no guarda sus palabras, rechaza las palabras del Padre que envió a Jesús. No es al Enviado al que se rechaza, sino al que le ha enviado (v. 24). La promesa de la presencia permanente del Padre y el Hijo acontecerá en el futuro (v. 23), pero el rechazo del que no ama a Jesús o no guarda sus mandamientos es una acción que acontece en el presente. Es el rechazo de la revelación de Dios en las palabras y obras de Jesús, que prosigue en el rechazo de la comunidad llena del Espíritu. En muy poco tiempo, Jesús partirá y dejará de estar físicamente presente. Sin embargo, la revelación de Dios prosigue en y mediante la comunidad de los discípulos que poseen el Espíritu y está animada por la presencia del ausente. Puede ser rechazada por aquellos que rechazan amar a Jesús y guardar sus mandamientos, pero este rechazo supone nada más y nada menos que rechazar al mismo Dios (v. 24).

Los discípulos que, en la presencia del Paráclito, aman a Jesús y guarden sus mandamientos, conocerán a Dios y serán por Él y por Jesús. Porque el Jesús exaltado vive, donado por el Espíritu Paráclito (vv. 16-17), ellos experimentarán la vida de amor que une al Padre y al Hijo (vv. 29-31) hasta que ambos lleguen finalmente a morar con ellos (v. 23).

- Introducción a los vv. 25-31: La sección final de 14,1-31 retorna al tema de la partida de Jesús. Puede dividirse en tres partes: 1. El Paráclito y los discípulos (vv. 25-26). El «discurso» de Jesús con sus discípulos está llegando a su fin. En el futuro será el Paráclito quien recordará todo lo que Jesús ha dicho y les instruirá en todas las cosas. 2. El don de la paz (v. 27a). Esta revelación continuada, que recuerda las palabras de Jesús y les instruye en todas las cosas, es la razón del don posterior de Jesús: una paz tal que no tiene igual en nada de cuanto el mundo pueda ofrecer. 3. La partida hacia el Padre (vv. 27b-31). El retorno de Jesús al Padre no debería consternar a los discípulos. Él les cuenta los acontecimientos que están a punto de ocurrir, el choque entre el gobernante de este mundo y la revelación amorosa de Jesús, para que cuando suceda, ellos lleguen a tener una fe más grande. El conflicto únicamente clarificará que Jesús ama al Padre. Es la hora de partir.

El discurso comenzó con unas palabras en las que Jesús exhortó a sus discípulos a que evitaran toda consternación ante su inminente partida hacia el Padre (vv. 1-2), y concluye con el mismo tema (vv. 27b-31).

.- **El Paráclito y los discípulos (vv. 25-26):** Retorna el tema de la partida (cf. vv. 1-6; vv. 18-24). Hay dos «tiempos» en la experiencia de los discípulos: el ahora, en el que Jesús les habla (v. 25), y el futuro, cuando el Paráclito, el Espíritu Santo, enviado por el Padre en el nombre de Jesús, estará con ellos (v. 26). El Paráclito reemplazará la presencia física de Jesús, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto él había dicho (v. 26). Así como Jesús es el Enviado del Padre (cf. 4,34; 5,23.24.30.37; 6,38-40; 7,16; 8,16.18.26; 12,44-49), así también el Paráclito es enviado por el Padre. La misión y el objetivo del primer Paráclito, Jesús (cf. 14,13-14), que habla y enseña a «los suyos», continuará en la misión y el objetivo del «otro Paráclito» (cf. v. 16), que enseña y trae a la memoria todo cuanto Jesús había dicho. El tiempo de Jesús está íntimamente conectado con el tiempo posterior a Jesús. La incapacidad de los discípulos para comprender las palabras y hechos de Jesús será superada al «recordar» lo que él les había dicho. El «recuerdo» será el fruto de la presencia del Paráclito con los discípulos en el tiempo intermedio. Así como Jesús estuvo con los discípulos (v. 25), de igual modo estará el Paráclito con los discípulos en medio de la hostilidad y el rechazo (v. 16). Así como el relato ha insistido en que la enseñanza de Jesús ha revelado a Dios a sus discípulos, de igual modo el Paráclito recordará y continuará la revelación de Dios que Jesús manifestó a los discípulos (v. 26).

.- **El don de la paz (v. 27a):** Jesús deja un hermoso don a sus discípulos: una paz que el mundo no puede dar. La paz que Jesús ofrece es su paz, y es precisamente esta particularidad la que hace de ella algo que el mundo nunca puede otorgar. Las partes anteriores del discurso retornan en esta promesa. La paz de Jesús surge de la unión con su Padre, de su retorno al Padre, que es de donde procedía, y de la autoridad que posee con el Padre, de tal modo que se concediera todo cuanto fuera pedido en su nombre (cf. vv. 13-14.16). El don de la paz, por tanto, está íntimamente relacionado con el don del Espíritu Paráclito, que es la presencia continuada de Jesús durante su ausencia (cf. vv. 16-17.26), la fuente del amor que el Padre y el Hijo tienen a los discípulos, el agente de la revelación permanente de Jesús y del Padre a quien le ama y guarda sus mandamientos en el tiempo intermedio (vv. 20-21). Pero los dos dones no son idénticos, puesto que la partida de Jesús conduce a una unión entre el creyente, Jesús y el Padre que sobrepasa al Espíritu, por mucho que pueda ser el resultado de su presencia permanente. El don de la paz que hace Jesús «procede de Dios»; es un don al que no puede equiparse la paz cuantificable y frágil que producen los políticos de este mundo. En esta paz (v. 27a), inspirada e iluminada por el Espíritu de Verdad, el otro Paráclito (vv. 16-17), una comunidad de discípulos realizará «obras más grandes» (v. 12) que las del mismo Jesús, continuando así la revelación del Padre y el Hijo (vv. 18-21).

.- **La partida hacia el Padre (vv. 27b-31):** Esta sección del discurso concluye recordando las palabras de Jesús con las que se inició: «Que no se turbe vuestro corazón» (v. 27b; cf. v. 1a). Jesús ha insistido en que los discípulos le amen y se mantengan firmes en su palabra (cf. vv. 15.21.23-24), aun cuando esté a punto de partir mediante una muerte violenta (13,1-38). Les recuerda la partida con palabras que, como en el v. 27b, también evocan el pasaje con el que se inició el discurso (cf. vv. 2-3): «Me voy y vengo a vosotros» (v. 28a). Unos corazones no turbados, sin temor ante su partida, constituyen la garantía de que los discípulos han oído sus palabras y se mantienen firmes en ellas. Está amaneciendo una nueva era y hay razones para la alegría. Su amor a Jesús les llevaría a alegrarse por lo que le ocurrirá en su partida al Padre, que es más grande que él. Jesús es el Enviado obediente del Padre (cf. 4,34; 5,23.24.30.37; 6,38-40; 7,16; 8,16.18.26; 12,44-49), y, en cuanto personaje inferior, es decir, como Enviado, se alegra del personaje mayor: El que envía (v. 28b).

Jesús les está contando estas cosas mientras aún está con ellos, para que posteriormente («cuando sucedan») puedan creer (v. 29). Los acontecimientos de la partida inminente son algo inevitable, y no deben ser causa de temor o de tristeza. El amor a Jesús y la fe en su palabra los convertirían en ocasiones para una fe mayor. La partida de Jesús no será un momento de desolación trágica para los discípulos (cf. vv. 1a.18.27b), sino el comienzo del tiempo del Paráclito (vv. 16-17), un tiempo de amor (vv. 15.21.23-24), fe (vv. 15.21.23-24.29), alegría (v. 28) y paz (v. 27a). Las palabras de Jesús a los discípulos están aproximándose a su final en cuanto que su partida es inminente (v. 30a). Ya no hablará mucho más con ellos, pues el gobernante del mundo está acercándose. La violencia que caracterizaría los momentos últimos del ministerio de Jesús está aún en el aire. Sin duda alguna, la expresión «el gobernante de este mundo» se refiere al poder del mal que se opone a Jesús, la oscuridad en medio de la cual brilla la luz (cf. 1,5). Pero a lo largo de la historia de Jesús ha aparecido una serie de gobernantes, y todos ellos proceden del mundo de «los judíos» (cf. 3,1; 7,26.48; 12,31.42). Los encuentros de Jesús con «los judíos» han estado conduciendo, inevitablemente, hacia la violencia (cf. 5,18; 7,1.19-20.25; 8,37.40; 11,53.57), pero en este momento de muerte violenta y de partida, él será «levantado» (cf. 3,13-14; 8,28; 12,32-33), venciendo a los poderes de la tiniebla (cf. 1,5; 11,50-53; 12,7.10.23-24.31-33), para regresar al Padre (cf. 13.1: 14,28). La partida de Jesús es diferente a cualquier otra. A pesar de que parezca lo contrario, el príncipe de este mundo no tiene ningún poder sobre Jesús, cuya partida es el resultado de su respuesta amorosa a su Padre (v. 30c). A pesar de la impotencia del príncipe de este mundo, Jesús acepta su partida violenta a manos de sus adversarios para revelar al mundo su amor a su Padre. Ya había dicho que su Padre lo amaba (cf. 3,35; 5,20; 10,17), y ahora proclama la reciprocidad de aquel amor. Parece que ha llegado a su fin el tiempo para hablar. La partida violenta de Jesús dará a conocer al mundo -mediante las acciones, más que a través de las palabras- cuánto ama Jesús al Padre (v. 31a), y será la demostración definitiva de que acepta incondicionalmente la voluntad de su Padre (v. 30b).

.- En cuanto Jesús dice «Levantaos. Vámonos de aquí» (v. 31c), el lector espera que comience el encuentro anunciado en el v. 30, pero no se producen estos acontecimientos tras la llamada de Jesús a levantarse de la mesa. La promesa del v. 30a, «Ya no hablaré mucho más con vosotros», se frustra temporalmente, puesto que Jesús y sus discípulos no se mueven y él prosigue su discurso. La tensión y el retraso se adentran en la experiencia del lector, que debe seguir abordando los elementos de un discurso de despedida antes de encontrarse con el momento en que la partida de Jesús tropiece con los poderes de la oscuridad (18,1-11). Aún hay mucho más que decir, por lo que es importante que la acción se «suspenda» para que no se dejen sin decir estas palabras. Hay más que decir sobre el futuro de los discípulos, sobre las dificultades y las bendiciones de vivir en el tiempo intermedio. De forma semejante, aún debe decirse mucho más sobre el significado que tienen para Jesús los acontecimientos de la partida. La llamada de Jesús a partir es una adecuada conclusión a aquella sección del discurso de despedida que ha tratado del hecho de su partida y sus consecuencias para él y para sus discípulos. Ya está ultimado el hecho de la partida, y la acción que la pondrá en movimiento es inevitablemente inminente. Sin embargo, el lector y los discípulos experimentan un retraso frustrante. Deben esperar y seguir escuchando lo que Jesús dice sobre su partida y la vida que ellos tendrán en el tiempo intermedio. A pesar del v. 30a, hay otras palabras que deben pronunciarse antes del advenimiento del príncipe de este mundo (v. 30b).